

**Sobre la democracia vacía y el neoliberalismo autoritario:
Una pequeña crítica marxista desde y para la ciencia política referente al
problema latente sobre el rol del Estado, la ultraderecha y el modelo
socioeconómico vigente.**

Por: Martín Olate Navarro

1. La encrucijada de la democracia vacía y el neoliberalismo chileno.

En las últimas décadas, el análisis hegemónico de la ciencia política tradicional, principalmente la norteamericana y de corte más “liberal” ha insistido en evaluar la salud de las democracias contemporáneas a través de indicadores puramente procedimentales: la regularidad de los procesos electorales, la alternancia en el poder y el diseño institucional de chequeos y contrapesos. La fijación de las nociones hegemónicas de la ciencia política por la tecnicidad de los procesos electorales y los equilibrios institucionales resulta actuar como una especie de “velo epistemológico de la ignorancia” —tomando prestado el termino de mi amigo Rawls— el cual hace a los colegas ignorar aspectos determinantes en pos del desarrollo de la disciplina. Al reducir el análisis y estudio de los diversos campos de nuestra disciplina a la sumatoria de demandas y preferencias ciudadanas y equilibrios institucionales, se abdicó a cuestionar y comprender el rol estructural del aparato estatal. No es sorpresa entonces que (aunque el marxismo no es marginal ni mucho menos dentro de la ciencia política, pues Marx es indudablemente fundamental en la disciplina en casi todas sus aristas) los enfoques de tendencia materialista no tengan tanto bombo y platillo como uno esperaría, en especial en el área del estudio del Estado, al punto en que incluso en institucionalismo tradicional necesitó con urgencia “traer al Estado de vuelta” al centro de la disputa socioeconómica. Sin embargo, la realidad sociopolítica de América Latina, y en particular la experiencia chilena reciente, desmiente la neutralidad de estas métricas. El modelo neoliberal, instaurado a sangre y fuego como un experimento de laboratorio y consolidado posteriormente bajo el ropaje de la historia no debe ser comprendido meramente como una matriz de acumulación económica o un conjunto de reformas técnicas o políticas públicas orientadas a la eficiencia. El neoliberalismo es, fundamentalmente, un modelo de producción económico y social cuya victoria más estratégica ha sido el vaciamiento paulatino de las canales de deliberación soberana, reduciendo la democracia a un mero trámite administrativo desprovisto de todo antagonismo y protagonismo popular real. Resulta “cómodo” entonces, para la disciplina de la que hago parte, el estudio del gobierno, del Estado y de las relaciones de poder en la sociedad sin cuestionar, o al menos indagar más profundamente, en el rol e importancia del Estado.

Este escenario de alienación política permite trazar un paralelo histórico insoslayable con otros momentos de impugnación social. Resulta inevitable evocar los ecos del Mayo francés de 1968: aquella primavera donde las masas juveniles y obreras trizaron la monotonía del orden burgués, abriendo una ventaja hacia un horizonte radicalmente distinto, para luego enfrentarse a un repliegue conservador de proporciones mayúsculas bajo el ala de gaullismo. En Chile, el ciclo abierto por el estallido social de octubre de 2019 encarnó y evocó una antigua promesa de alamedas abiertas; un pueblo entero se levantó y que cuestionó los pilares del consenso subsidiario. No obstante, el desenlace actual nos sitúa en una encrucijada similar a la de París: el reflujo de la movilización popular y el fracaso de los procesos de canalización institucional no derivaron en un retorno al *statu quo ante*, sino en la hegemonización del debate público por parte de proyectos de ultraderecha de vocación reaccionaria.

Frente a la crisis orgánica de legitimidad, el Estado capitalista no ha permanecido estático ni ha operado como un árbitro neutral de la contienda. Por el contrario, ha iniciado un proceso de mutación hacia lo que Nicos Poulantzas definió como *estatismo autoritario*¹. Ante el agotamiento

¹ Nicos Poulantzas, *Estado, Poder y Socialismo*. México, Siglo XXI Editores, 2005, 247-248.

del consenso y la incapacidad de superar las brechas de la desigualdad estructural mediante parches asistenciales y tecnocráticos propios de quienes —abiertamente o no— buscan la preservación del modelo, el aparato estatal tiende a blindarse, acaparando las esferas de la vida socioeconómica y restringiendo el ejercicio efectivo de las libertades populares en pos de la restauración del orden. Es en este sustrato de atomización social y desencanto democrático donde germina lo que Boaventura de Sousa Santos denomina *fascismo social*²: una sociabilidad de tintes autoritarios impregnada de xenofobia, racismo y discursos de odio, que ya no requiere de la abolición formal de la institucionalidad republicana para operar, sino que se nutre de sus propios mecanismos vaciados. A partir de este diagnóstico, el presente artículo sostiene la tesis de que el ascenso de la ultraderecha y el endurecimiento punitivo del Estado no constituyen una anomalía externa al modelo socioeconómico vigente o un fenómeno imprevisto sin explicación, sino la consecuencia lógica y de carácter estructural de la fase actual de la gobernanza neoliberal. Para demostrarlo, se revisará la teoría del Estado a partir de la disputa entre Ralph Miliband y Nicos Poulantzas, reivindicando la noción del Estado como una condensación material de relaciones de fuerza; en segundo lugar, se analizará la fisonomía del estatismo autoritario en el Chile contemporáneo y su imbricación con las políticas públicas tecnocráticas; y, finalmente, se esbozará la urgencia estratégica de edificar una alternativa desde el socialismo democrático, con un marcado carácter nacional y popular, bajo la premisa innegociable de que la verdadera liberación de las mayorías sociales será democrática o no será.

2. El rol del Estado como relación y campo de batalla: estatismo autoritario e ilusión tecnocrática.

Para desentrañar la complejidad del orden neoliberal autoritario contemporáneo, se vuelve imperativo la comprensión e interiorización de las lecturas convencionales de la ciencia política “liberal-pluralista” que tienen a reducir al Estado a un árbitro institucional neutral carente de trasfondo ideológico-estructural o un “sistema político” de agregación de demandas, cabe aclarar que esto no significa en ningún caso su desmerecimiento, su invalidación teórica o algún delirio ultraizquierdista de añadir marxismo a la fuerza a las escuelas de ciencia política (que de por sí ya tienen a Marx como lo que es, un pilar de la disciplina), más bien, es una preocupación nacida de la necesidad de entender que, si bien la previa literatura nos entrega marcos teóricos suficientes para comprender la situación, resulta insuficiente para el entendimiento de, en este caso, el rol del Estado ante el vaciamiento de la democracia y el neoliberalismo autoritario. Frente a la crisis de legitimidad que atraviesan las democracias actuales, la reactivación del debate marxista sobre la teoría del Estado de fines de los años sesenta ofrece un andamiaje conceptual ineludible. Es específico, la célebre disputa entre Ralph Miliband y Nicos Poulantzas abre una veta analítica estratégica para comprender que el aparato estatal no es un muro infranqueable ni un objeto inerte que se toma por asalto, sino un terreno de disputa estructural.

Por un lado, la perspectiva instrumentalista —asociada inicialmente al planteamiento de Miliband en *El Estado en la sociedad capitalista*— concentró sus esfuerzos en demostrar cómo la clase dominante instrumentaliza el aparato estatal a través de los lazos objetivos, interpersonales y de origen social que unen a la élite económica con la alta burocracia administradora³. Si bien este enfoque posee la virtud de desmitificar la neutralidad de la tecnocracia y visibilizar las restricciones estructurales —como la subordinación intrínseca del Estado a la salud de la economía capitalista para garantizar su propio financiamiento—, tiende a caer en un reduccionismo que concibe al Estado como una mera “herramienta” u objeto monolítico en manos de la burguesía.

² Boaventura de Sousa Santos. *Sociología jurídica crítica. Para un nuevo sentido común en el derecho*. Madrid: Trotta. 2009

³ Ralph Miliband, *The State in Capitalist Society*, Nueva York, Basic Books, 1969, 54-68

Es frente a esta limitación donde la sofisticación teórica de Nicos Poulantzas cobra una vigencia fundamental para el análisis del neoliberalismo. Poulantzas rechaza tanto el instrumentalismo como el estructuralismo abstracto, y formula una definición alternativa que resulta crucial para el entendimiento del Estado y su rol: el Estado no es una cosa ni una esencia, sino la condensación material de una relación de fuerzas entre clases y fracciones de clase⁴. Desde esta óptica, las contradicciones de clase no son externas al Estado; por el contrario, penetran transversalmente toda su estructura interna. El aparato estatal es, intrínsecamente, un “campo de batalla” fragmentado y fisurado por las mismas luchas sociales que pretenden disciplinar. Esta conceptualización permite explicar la noción de *autonomía relativa* del Estado. Para garantizar la reproducción global del sistema capitalista y salvaguardar los intereses de largo plazo del bloque en el poder, el Estado requiere un margen de independencia respecto a los intereses inmediatos y corporativos de fracciones específicas de la burguesía⁵. Es precisamente esta autonomía relativa la que faculta al Estado para implementar políticas públicas de apariencia progresista, agendas de modernización o reformas parche asistenciales encaminadas a la mitigación del conflicto social, sin alterar un ápice la matriz estructural de acumulación.

En consecuencia, tanto el instrumentalismo como el marco teórico de la ciencia política *mainstream* resulta insuficiente para ver correctamente las mutaciones contemporáneas del neoliberalismo moderno. Siguiendo la lectura de Antonio Gramsci y su noción de *guerra de posiciones*, el Estado debe ser comprendido como un complejo entramado institucional donde la hegemonía se organiza y se disputa de manera permanente⁶. Comprender el Estado bajo esta doble dimensión —como relación social y como condensación material de fuerzas— constituye la premisa analítica indispensable para abordar, en los apartados siguientes, cómo el diseño institucional chileno ha transitado de la ilusión de la eficiencia tecnocrática hacia el blindaje punitivo del estatismo autoritario.

Y en las políticas públicas quiero detenerme un poco, remitiéndome netamente al caso chileno, las vivencias dentro del sistema neoliberal chileno son sin lugar a duda un ejemplo perfecto. Aterrizando al caso nacional, nos resulta imposible empezar a comprender la dinámica del estatismo autoritario sin ver primero analizar el rol del Estado en el neoliberalismo contemporáneo; según David Harvey en *Breve historia del neoliberalismo*⁷ las reformas neoliberales no significaron realmente el repliegue del Estado, más bien, conllevaron a una reconfiguración de su función, pasando a ser un agente activo en la creación de mercados, la privatización de los bienes comunes y la disciplina laboral. En el caso chileno, esta dinámica se ha expresado con particular fuerza: las políticas públicas han servido para sostener la acumulación de capital a través del sistema previsional privado, la mercantilización de la educación y la salud, y la transferencia de recursos públicos a empresas concesionarias. Lejos de limitar el mercado, el Estado chileno ha operado como su principal garante, asegurando las condiciones de expansión del capital y la contención de la protesta social. Siendo más específicos aún, esto se manifiesta en la coexistencia de políticas progresistas con reformas neoliberales: por un lado, programas sociales que mitigan la desigualdad; por otro, la profundización de la privatización en educación, salud y pensiones. Estas aparentes contradicciones responden a una misma lógica: asegurar la estabilidad del sistema capitalista mediante concesiones que no alteran su base estructural.

Este enfoque permite cuestionar el predominio tecnocrático en la formulación de políticas públicas en Chile. Autores como Charles Lindblom⁸ señalaron que las decisiones gubernamentales surgen de procesos incrementales y negociados, más que de planificaciones

⁴ Nicos Poulantzas, *Estado, Poder...* Op Cit, 141-150

⁵ Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI Editores, 2007. 201-215

⁶ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, vol. 3, México, Ediciones Era, 1984. 120-134.

⁷ David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Editorial Akal, Madrid, 2019.

⁸ Charles Lindblom, *El proceso de elaboración de políticas públicas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1979.

racionales absolutas. No obstante, desde una mirada marxista, esa visión refleja una naturalización del orden capitalista: los ajustes y negociaciones que describe Lindblom ocurren dentro de un marco estructural que no se cuestiona, donde los límites de lo posible están definidos por la lógica del mercado y la preservación del capital. En consecuencia, las políticas públicas no son espacios de deliberación neutral, sino terrenos donde se disputa -y usualmente se consolida- la hegemonía del modelo económico. Si hablamos y problematizamos sobre el rol del Estado, en especial desde una mirada marxista, hay que hablar de estos temas de forma necesaria. En su *Crítica a la filosofía del derecho* de Hegel, Marx explicaba que la aparente separación entre la sociedad civil y el Estado genera una ilusión de universalidad política cuando en realidad las instituciones estatales responden a ciertos intereses particulares⁹, más específicamente y para efectos de este ensayo, a las fracciones del capital y la burguesía local chilena. En Chile, esta contradicción se expresa claramente en la forma en que las políticas públicas se presentan como instrumentos de equidad y progreso, pero reproducen la estructura económica y social de la dictadura cívico-militar: privatización de derechos sociales, concentración del capital, desigualdad estructural y una ilusión de separación entre el plano civil y el político.

La lectura marxista también permite reinterpretar los procesos políticos recientes. La masiva movilización de 2019 evidenció los límites de un modelo basado en la desigualdad estructural y la mercantilización de los derechos. Las demandas por una nueva constitución y un Estado social pueden entenderse como una reacción a décadas de políticas públicas orientadas más a la eficiencia económica que por la justicia social. Sin embargo, el posterior estancamiento del proceso muestra las dificultades de romper una hegemonía neoliberal. Como advierte Gramsci¹⁰, toda crisis implica una pugna por el sentido común dominante, y en Chile esa disputa sigue abierta. Por otra parte, las políticas educativas, culturales y comunicacionales también operan como espacios de reproducción ideológica. Siguiendo a Althusser¹¹, las escuelas, universidades y medios funcionan como “aparatos ideológicos del Estado” que reproducen las condiciones del capitalismo al inculcar valores funcionales al mercado. En Chile, la lógica del mérito, la competencia y la “empleabilidad” han penetrado profundamente en la educación, desplazando la noción de formación ciudadana por la de productividad individual. Así, las políticas públicas no solo gestionan recursos, sino que producen subjetividades acordes con el orden neoliberal, reforzando el consenso en torno a la desigualdad.

Reconocer el carácter estructural de las políticas públicas no implica negar su potencial transformador; por el contrario, el marxismo, especialmente en sus vertientes críticas contemporáneas, permite entender las políticas como campos de lucha donde conviven dominación y resistencia. En el contexto chileno, los movimientos sociales han logrado tensionar el sistema político y abrir espacios de disputa dentro del propio Estado, como planteaba Poulantzas. Autores como Erik Olin Wright¹² proponen pensar estrategias que combinen ruptura y transformación institucional, donde las políticas orientadas a la democratización económica, la propiedad social y la planificación participativa puedan contribuir a construir alternativas postcapitalistas. El desafío, por tanto, consiste en no concebir las políticas públicas como simples soluciones técnicas, sino como expresiones de un orden social en disputa. Desde Marx hasta Harvey, la crítica marxista al Estado nos enseña que las políticas no solo administran la sociedad, sino que también la producen. En Chile, esa producción ha estado históricamente orientada a sostener la acumulación del capital; pero las luchas sociales, las demandas ciudadanas y las contradicciones del modelo abren la posibilidad de reconfigurar ese horizonte. Pensar las políticas públicas desde el marxismo, en el Chile actual, significa reconocer en ellas tanto el reflejo del poder económico como el espacio posible de su transformación.

⁹ Karl Marx, *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Editorial Akal, Madrid, 2010.

¹⁰ Antonio Gramsci, *Cuadernos... Op cit.*

¹¹ Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Siglo XXI Editores, México, 2001.

¹² Erik Olin Wright, *Envisioning real utopías*, Editorial Verso, Londres, 2010.

En definitiva, una reflexión marxista sobre las políticas públicas chilenas nos obliga a mirar más allá de la gestión o los indicadores. Implica reconocer las condiciones materiales, las relaciones de poder y las ideologías que las sostienen. Como recordaba Marx, “*los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversos modos; de lo que se trata es de transformarlo*”¹³. Las políticas públicas, lejos de ser un terreno técnico y neutral, constituyen uno de los escenarios más decisivos para esa transformación social y política.

3. Del estatismo autoritario al fascismo social: la ultraderecha como gestora del orden del Capital y la “neutralidad técnica”.

Para comprender el escenario político y la fisonomía del Chile post-estallido, es imperativo descifrar la farsa que el neoliberalismo conduce de forma unívoca a una progresiva liberalización democrática. Muy por el contrario, la mutación contemporánea de la gobernanza capitalista confirma con dolorosa vigencia las advertencias que Nicos Poulantzas formulara hacia casi medio siglo¹⁴. El modelo socioeconómico vigente no solo opera como un esquema de acumulación, sino como un dispositivo de producción social que busca vaciar a la democracia de todo contenido real y transformarla en un mero trámite electoral y procedimental desprovisto de soberanía popular real¹⁵.

Esta reconfiguración adquiere la forma de lo que Poulantzas acuñó como estatismo autoritario, definido en sus propios términos como un diseño caracterizado por “[e]l acaparamiento acentuado por el Estado del conjunto de las esferas de la vida económico-social (...) en paralelo a la decadencia de las instituciones de la democracia política formal”¹⁶. En este contexto, el Estado neoliberal deviene en un verdadero coloso con pies de barro como lo calificaría el griego: asume un volumen hipertrofiado de funciones regulatorias y represivas que pretender blindar la lógica de mercado, pero al centralizar el poder en los aparatos ejecutivos e individualizar radicalmente el cuerpo social mediante el consumo y el endeudamiento, destruye los lazos orgánicos de clase y debilita de forma paradójica su propia base de legitimación¹⁷. El vaciamiento institucional y la consecuente erosión de los partidos políticos tradicionales actúan como el caldo de cultivo ideal para la proliferación de corrientes de ultraderecha. Este fenómeno, latente en el debate público nacional y encarnado regionalmente en experiencias como el Brasil de Jair Bolsonaro, al Argentina de Javier Milei o las dinámicas políticas estadounidenses, devela un patrón común: el vilipendio de la institucionalidad democrática bajo discursos punitivos de orden y seguridad¹⁸. Es aquí donde se asienta el concepto de fascismo social o, si se quiere, el ascenso de una sociabilidad fascista, término acuñado por Boaventura de Sousa Santos¹⁹.

De acuerdo con de Sousa Santos, el fascismo social no debe ser confundido con el advenimiento mecanicista de un neofascismo o un régimen dictatorial clásico de entreguerras; se trata, en cambio, de un régimen social y civil de relaciones de poder extremadamente desiguales, donde la exclusión y la atomización promovidas por el capitalismo tardío segregan el tejido comunitario y naturalizan el racismo, la xenofobia, el chovinismo y los discursos de odio como códigos de sociabilidad cotidiana²⁰. El fascismo social es, por ende, una manifestación intrínseca,

¹³ Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, Editorial Akal, Madrid, 2008.

¹⁴ Nicos Poulantzas, *Estado, Poder...* Op Cit.

¹⁵ Martín Olate, *Estatismo autoritario y el ‘fascismo social’: Una advertencia para Chile*. Red Crítica, 2026. <https://sites.google.com/view/red-critica/paginas/m-olate/estatismo?authuser=0>

¹⁶ Nicos Poulantzas, *Estado, Poder...* Op Cit.

¹⁷ Martín Olate, *Estatismo autoritario...* Op Cit.

¹⁸ Ídem

¹⁹ Boaventura de Sousa Santos, "Nuestra América: Reinventando un paradigma subalterno de descolonización y emancipación", *Utopía y Praxis Latinoamericana* 6, núm. 12 (marzo 2001): 9-31.

²⁰ Ídem

molecular y endógena de esta nueva forma democrático-autoritaria de Estado capitalista. Para Chile, el fracaso de la canalización de la potencia del ciclo abierto en 2019 no significó un retorno al tibio consenso previo, sino el asedio de esta larga noche del autoritarismo neoliberal. La incapacidad de estructurar un proyecto transformador que resuelva las contradicciones del capitalismo dependiente permite que la ultraderecha hegemonice la frustración de las masas desorganizadas, encauzando el malestar hacia salidas reaccionarias. El análisis gramsciano se torna aquí indispensable: ante la crisis orgánica donde "lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer", el Estado recurre al endurecimiento y la coacción, demostrando que la sociabilidad fascista no es una anomalía externa, sino el rostro ineludible de un modelo económico que, para preservarse, necesita divorciarse de la democracia sustantiva²¹.

Ahora bien, ante todo lo que es el avance y consolidación de los discursos y prácticas que hemos ya definido como 'fascismo social' es reconocible un patrón y factor común: el ascenso de las ultraderechas como gestoras del orden del capital. El ascenso desenfrenado de proyectos políticos de ultraderecha no surgen desde un simple accidente histórico, un brote de irracionalidad colectiva o el desorden psicológico de las masas desorganizadas —como a varios izquierdistas simplistas les gusta reclamar al declarar a diestra y siniestra que "no fue con mi voto" o que dicen que quienes no votaron como ellos "disfruten lo votado"—. Plantear estos problemas en tales términos liberales y moralistas no significa otra cosa más que la renuncia irrevocable a la comprensión científica de la realidad, significa la renuncia total a mirar hacia el futuro. Desde la perspectiva de la economía política crítica, las fuerzas reaccionarias contemporáneas operan realmente como un gestor del choque del orden del capital cuando los mecanismos tradicionales de consenso y legitimidad hegemónica han entrado en una crisis orgánica irreversible²², cuando el tejido social ha sido completamente atomizado por las dinámicas del despojo neoliberal y la acción del coloso con pies de barro —que es, en esencia, el Estado capitalista en su forma democrática-autoritaria— que es incapaz de contener el descontento soterrado mediante las ya agotadas y descreditadas reformas parche, la burguesía requiere un agente político dispuesto a restaurar a disciplina material y subjetiva a sangre y fuego²³, en la ultraderecha contemporánea sin dudas encontró a esta punta de lanza.

En este sentido, las expresiones locales de la ultraderecha, así como sus parientes regionales e internacionales responden todos (curiosamente) a una lógica común y una función estratégica precisa dentro de la reproducción del orden del sistema: encauzar la frustración y legítimo malestar de las clases oprimidas hacia salidas falsas, punitivas y reaccionarias. Estos proyectos, innegablemente desarraigados de los problemas nacionales reales, desvían la rabia de la población hacia chivos expiatorios moleculares, tales como los migrantes, las disidencias sexogenéricas, entre otros grupos. Se configura así una operación de captura ideológica perfecta, pues se planifica, difunde y valida el vilipendio a la institucionalidad del Estado bajo el discurso de "combatir a las élites corruptas" pero en el mismo acto, mediante las mismas instituciones, se blindan los pilares sagrados del modelo socioeconómico vigente: la propiedad privada y la explotación²⁴. La ultraderecha no viene a destruir el Estado neoliberal, ni a combatir élites o a solucionar alguno de los problemas que Chile enfrenta; viene a ofrecerle al neoliberalismo autoritario un brazo armado de coerción descarnada y el sustento de una sociabilidad fascista que el funcionamiento del orden del Capital no se detenga ante el clamor de las mayorías.

La gestión del orden capitalista deja al desnudo lo que es, fundamentalmente, la hipocresía de los discursos libertarios —o mejor dicho liberticidas, pues son reales asesinos de la libertad de los pueblos— de la "nueva derecha" que tan de moda están en los últimos años en este lado del mundo. El desmantelamiento de los pocos derechos sociales que quedan y la

²¹ Antonio Gramsci, *Cuadernos...* Op Cit; Martín Olate, *Tuvimos nuestro mayo francés*. Revista Chelén, 2026. <https://revistachelen.com/articulos/2026-05-03-tuvimos-nuestro-mayo-frances/>

²² Antonio Gramsci, *Cuadernos...* Op cit.

²³ Nicos Poulantzas, *Estado, Poder...* Op Cit, 235-240.

²⁴ Ídem

privatización radical del existir no se traducen en una contracción del aparato estatal, sino en su hipertrofia represiva. Teniendo en cuenta el accionar ultraderechista como gestor del orden del capital, vemos con precaución la normalización de la barbarie como único orden social concebible. La ofensiva reaccionaria demuestra que el Capital, en su fase tardía y dependiente, prefiere arrancarse la máscara de la democracia antes que dejar ir una pequeña fracción de sus ganancias.

En el marco del estatismo autoritario que caracteriza al neoliberalismo chileno, el despliegue, por ejemplo, de las políticas públicas no puede ser comprendido bajo el prisma aséptico de la neutralidad administrativa o como un mero conjunto de herramientas analíticas orientadas a subsanar las “fallas del mercado”. Esta concepción firmemente inoculada en la ciencia política tradicional opera en realidad —queriendo o no— como un dispositivo ideológico que termina por invisibilizar las densas relaciones de poder y las determinaciones estructurales que restringen la acción estatal. Lejos de constituir un árbitro desinteresado, la matriz de las políticas públicas en el Chile post-dictatorial ha funcionado como el principal canalizar institucional de los imperativos de la acumulación neoliberal y el principio de subsidiariedad, administrando las contradicciones de clase a través de parches asistenciales.²⁵

Sin embargo, cuando la ilusión de la eficiencia y el mérito técnico se agota ante el carácter dependiente del capitalismo regional, el Estado no se repliega, sino que transita hacia su fase descarnadamente punitiva. Es en este preciso umbral de crisis orgánica donde la ultraderecha emerge no como una anomalía irracional, sino como la gestora política del orden del Capital. Volviendo a Gramsci, cuando los mecanismos moleculares de la hegemonía tecnocrática e institucional naufragan y son incapaces de contener el descontento soterrado, el bloque en el poder recurre a la coacción directa²⁶. La ultraderecha asume entonces la tarea estratégica de reconducir la frustración desviando el antagonismo, como ya se dijo, hacia chivos expiatorios que solo sirven para esconder el rol de la clase social y blindar los pilares de la acumulación mediante promesas de orden y seguridad.

4. Captura mediática, construcción algorítmica del sentido común y desmantelamiento de lo público: la producción de la sociabilidad fascista y el vaciamiento de la democracia.

La consolidación del estatismo autoritario y el consecuente avance de la sociabilidad fascista, claramente, no nacen del vacío material, más bien, requieren de una profunda y sistemática trinchera ideológica que colonice la subjetividad de las clases oprimidas. Es imperativo constatar cómo el gran capital hegemoniza hoy la producción industrial del miedo mediante el aprovechamiento de las mutaciones contemporáneas de los dispositivos de dominación al plano digital. Los consorcios multimediales y las cadenas televisivas de la burguesía local operan en una perfecta y bizarra simbiosis con las lógicas del capitalismo operante en las plataformas digitales, transformando el debate público en un bombardeo incesante de pánicos morales, discursos de odio, racismo y xenofobia de carácter molecular²⁷. A través de la sobreexposición mediática de la violencia y la delincuencia, se construye deliberadamente una narrativa de crisis y caos permanente que no busca informar, sino paralizar y fabricar de manera artificial de demanda popular por el blindaje punitivo del Estado.

Es en este preciso ecosistema de la atención fragmentada donde la ultraderecha ha sabido colonizar el sentido común gramsciano. Mediante la manipulación de los algoritmos en redes sociales, el legítimo malestar provocado por la precarización de la existencia no se encauza hacia

²⁵ David Harvey, *Breve historia...* Op Cit, 105-112.

²⁶ Antonio Gramsci, *Cuadernos...* Op cit, 145-158.

²⁷ Boaventura de Sousa Santos, “Nuestra América: Reinventando un paradigma subalterno de descolonización y emancipación”, *Utopía y Praxis Latinoamericana* 6, núm. 12 (marzo 2001): 9-31.

la impugnación de la matriz de acumulación capitalista, sino hacia un resentimiento atomizado y reaccionario dirigido contra todo vestigio de organización comunitaria²⁸. Al despolitizar las causas estructurales de la desigualdad y presentarlas como problemas de seguridad o fallas morales de los individuos, el dispositivo tecnológico vacía la deliberación democrática de sentido desde sus propios cimientos. La captura mediática logra así una curiosa operación: que el explotado adopte de forma voluntaria la cosmovisión e intereses del explotador, demandando el endurecimiento de la coacción estatal y transformándose en el principal custodio del orden que lo oprime.²⁹

Esta ofensiva ideológico-cultural se amarra de forma insoluble con las transformaciones materiales que en neoliberalismo dependiente impone sobre las condiciones de vida de la clase trabajadora. El dismantelamiento sistemático de lo público y la transmutación de los derechos sociales universales —tales como la educación, la salud y la previsión— en nichos de especulación financiera y mercancía transable no solo constituyen un mecanismo de despojo económico, sino un poderoso dispositivo de disciplina social. Como nos advierte David Harvey, la arquitectura de la subsidiariedad obliga a las mayorías sociales a recurrir de manera sistemática al crédito de consumo y al endeudamiento crónico para asegurar la mera reproducción de la vida cotidiana³⁰. La deuda deviene así en una soga invisible pero implacable: un sujeto atado a los vencimientos financieros y al fantasma de la morosidad es un sujeto disciplinado, temeroso de la movilización y propenso a delegar su destino político en aras de una precaria estabilidad.

La alienación económica cala tan hondo que fractura la conciencia de clase, impulsando una subjetividad donde el trabajador ya no se autopercebe como parte de un colectivo oprimido, sino bajo la ficción liberal del “empresario de sí mismo” o del consumidor individual aislado.³¹ Esta atomización destruye las bases orgánicas de los proyectos transformadores, pues el espacio de la solidaridad comunitaria colonizado por la lógica mercantil del sálvese quien pueda. A este disciplinamiento se suma la fragmentación de los oprimidos bajo métricas de vulnerabilidad mal planteadas y arbitrarias, el Estado neoliberal, mediante estas, es capaz de neutralizar el antagonismo de clase y previene la articulación de la voluntad general nacional y popular, demostrando nuevamente que la subordinación de la vida al mercado requiere, necesariamente, de la demolición de la certeza pública común.

5. La alternativa del socialismo democrático.

El paso contemporáneo del Estado capitalista chileno hacia el estatismo autoritario y la consecuente emergencia del fascismo social devela que la democracia y la matriz socioeconómica neoliberal han firmado definitiva su agrio e inevitable divorcio³²: la democracia es —entendiendo la democracia fuera del marco liberal de simples elecciones periódicas y pluralismo político— incompatible con el neoliberalismo debido a su instinto natural de vaciar a la primera de contenido y bastardizar su nombre en pos del beneficio económico. Como se ha argumentado en este humilde trabajo, la clausura de los canales de deliberación soberana y el blindaje de la racionalidad tecnocrática no son desvíos accidentales del modelo vigente, sino sus mecanismos de autopreservación y reproducción estructural ante el agotamiento del consenso subsidiario. En este escenario de crisis orgánica, donde la energía del ciclo abierto en 2019 fue obturada y capitalizada provisoriamente por las fuerzas de la reacción punitiva, la ciencia política crítica no puede limitarse a la mera constatación de la catástrofe. Se vuelve un imperativo histórico y teórico trazar las coordinadas estratégicas para la superación de la larga noche neoliberal autoritaria.

²⁸ Antonio Gramsci, *Cuadernos...* Op cit, 120-135.

²⁹ Nicos Poulantzas, *Estado, Poder...* Op Cit

³⁰ David Harvey, *Breve ...* Op Cit. 115-120.

³¹ Nicos Poulantzas, *Poder político y ...* Op cit.

³² Nicos Poulantzas, *Estado, Poder...* Op Cit

Frente a la parálisis y la capitulación de la socialdemocracia moderna —que claudicó frente al capitalismo, reconociéndolo como fin epocal inmodificable, redujo su horizonte a la mera administración del mismo y las reformas parche—, la edificación de una alternativa real exige la reactivación del proyecto del socialismo democrático. Recuperando las advertencias finales de Nicos Poulantzas, el contenido genuinamente revolucionario de esta apuesta no radica ni en la “mística” o la espectacularidad puramente externa de los medios, sino en la profundidad y la radicalidad de las transformaciones estructurales encaminadas a la superación del modo de producción capitalista³³. Esto demanda concebir el proceso de transformación social como una “ruptura dentro de la continuidad”: una estrategia política que articule de manera dialéctica la movilización popular, el control obrero y la democracia directa desde abajo. La transformación radical del aparato estatal no pasa por su asalto destructivo ni por su veneración burocrática, sino por su democratización sustantiva e irreversible³⁴.

Para que este proyecto arraigue firmemente en el Chile actual y actúe como una dique efectivo contra la sociabilidad fascista, debe imbuirse de una perspectiva nítidamente nacional y popular. Retomando la célebre premisa del Amauta, el socialismo no puede ser ni calco ni copia de experiencias eurocéntricas ajenas a nuestras realidades, sino una auténtica creación heroica parida desde las entrañas de nuestras propias contradicciones y nuestra propia realidad. Bajo esta óptica, el instrumento político de las clases oprimidas no debe operar como una vanguardia tecnocrática de iluminados alienados, un aparato meramente electoralista destinado a la captura de cargos públicos, como una asamblea ultra horizontal postmoderna y subyacentemente liberal o similares, sino como la cristalización orgánica y la condensación material de la voluntad general de las mayorías trabajadoras³⁵. Debemos grabarnos a fuego el principio de la autoemancipación radical: el pueblo no debe esperar salvadores providenciales ni ser liberados por agentes externos, debe, por su propio derecho, liberarse a sí mismo mediante su propia acción consciente, el pueblo es, en esencia, el *príncipe moderno* del que Gramsci en su momento atribuyó al partido leninista³⁶. En definitiva, la encrucijada que enfrenta el Chile contemporáneo es terminal: o se asiste pasivamente a la profundización de una democracia vaciada bajo el yugo del autoritarismo neoliberal, o se acomete la tarea histórica de reabrir las grandes alamedas. La superación del capitalismo dependiente y la conquista de una vida socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana solo serán posibles bajo la premisa teórica y política innegociable que Poulantzas legara como testamento a las futuras generaciones de revolucionarios: el socialismo será democrático o no será³⁷.

Socialismo y democracia son dos caras de una moneda, y ambas pesan lo mismo. El rumbo de Chile y su pueblo no puede ser entendido de otra forma si no es con la alternativa del socialismo democrático teniendo en cuenta que un pueblo como el chileno es, ante todo, uno tanto luchador como respetuoso de su institucionalidad —indiscutible victoria de Diego Portales, que hoy se debe estar revolviendo en su tumba a ver cómo es evocado por quienes nos conducen a caer en la dominación de otra potencia, como advirtió hace más de doscientos años—. Un pueblo ligado firmemente a sus condiciones específicas que, lamentablemente, hace tiempo la alternativa al modelo socioeconómico no sabe interpretar, ya sea porque intenta aplicar manuales rígidos y ortodoxos importados desde otras latitudes y que chocan con la realidad nacional, porque no sabe salir del nicho de la ultra horizontalidad y no ha podido definir materialmente o porque no propone más que simples parches para intentar tapar el sol. Definitiva y urgentemente, el rumbo de Chile debe ser el socialismo democrático.

³³ Nicos Poulantzas, *Estado, Poder... Op Cit.* 251-265.

³⁴ Nicos Poulantzas, *Poder político y ... Op cit.*

³⁵ Antonio Gramsci, *Cuadernos... Op cit*

³⁶ Antonio Gramsci, *Maquiavelo y Lenin. Notas para una teoría política marxista.* Chile, Editorial Larga Marcha. 2024.

³⁷ Nicos Poulantzas, *Estado, Poder... Op Cit*